

10. MIL COLORES



COSTA RICA

Mi nombre es Franklin. Soy un señor adulto de 63 años. Además, soy gay y participante de la comunidad GLTB+. Soy una persona activa y pertenezco a una asociación como persona con VIH. Les comparto mi historia, una en la que se entrecruzan muchas cosas como mi orientación sexual, así como mi experiencia como persona VIH positiva y como persona con discapacidad.

Nací en San José, Costa Rica en el año 1959. Mi familia estaba conformada por mis padres, cinco hermanos (4 hombres y una mujer) y yo que soy el cuarto hijo. Fui un bebé prematuro, por lo que padecía de ataques constantes donde perdía el conocimiento. Desde niño estuve en control con especialistas y no me daban mucho tiempo de vida. Por eso, me crié muy cercano a mi mamá que me cuidaba y me chineaba¹.

Tuve una niñez llena de señalamientos por ser gay. Comúnmente me llamaban “maricón²” porque era un poco afeminado. En la escuela no fue tan duro, porque aunque era muy corrongo³ y se me notaba en el caminado o en las maneras, no me molestaban tanto. Yo jugaba más con niñas que con hombres y siempre que jugaba fútbol con los niños me ponían en el puesto de portero.

La etapa de la adolescencia sí fue más dura. En el colegio fui demasiado criticado y me llamaban “playo⁴”. Hubo violencia de uno de los compañeros porque me golpeó, yo caí al suelo y el diente se me quebró; me sentí muy mal y creí que tenía que esconderme. También, mi hermano me golpeaba, yo caía y me decía “Playito que vos sos esto o que sos lo otro”. Él lo veía como un juego, pero a mí no me gusta la violencia y no me agradaba esa forma de tratarme.

El último ataque nervioso que tuve fue a los 16 años. Después los médicos dijeron que ya estaba bien, solamente que iba a padecer del sistema nervioso. Por esta razón soy más sensible; cualquier noticia que sea muy trágica, el llanto suelta automático. Soy muy nervioso.

Después que salí del colegio quería estudiar veterinaria, pero no entré a la Universidad Nacional⁵; así fue que empecé a trabajar. Cuando tenía 27 años me salió la oportunidad de irme a estudiar a Canadá, allá estudié Gastronomía y aprendí el idioma inglés. Fue un tiempo de gran aprendizaje y también me sentí más libre para explorar mi orientación sexual.

Cuando tenía 29 años me tuve que devolver a Costa Rica porque mi madre estaba muy enferma. Esa decisión fue dura porque ya tenía todo allá, ya me había hecho como una idea de seguir trabajando y estar en otro país porque me gustaba la forma de vivir en Canadá.

Vinieron muchos cambios, pero fue un momento de volver a ver a mi padres que siempre me apoyaron como persona gay. Tuve esa alegría y esa sensación de tener su cariño y el de mis hermanos, más que todo del menor y el de mi hermana. Viéndome de regreso cambió todo, porque ya había mucho progreso en cuanto a luchas de la discriminación. Empecé a buscar trabajo y trabajé como sous chef⁶ por varios años en diferentes hoteles.

A los 34 años me dieron la noticia de que era una persona VIH positiva, eso complicó mi situación. En las clínicas y hospitales sentía que nos veían muy diferente. Los exámenes de laboratorio eran por aparte completamente, era una sala aislada en una sección del hospital. En ciertos departamentos y áreas de salud tenían más cuidado; por ejemplo, con el uso de la jeringa para los exámenes médicos. Era discriminatorio porque te marcaban en el expediente que eras VIH.

En el año 1997 comenzaron las luchas por el acceso a medicamentos en el país porque no había para repartir a las personas diagnosticadas. No obstante, yo seguía control médico y en un momento después de mantener los estudios durante un año los doctores se dieron cuenta que mis defensas no mejoraban. El diagnóstico de VIH en ese momento era igual a muerte. Por eso, el médico decidió

¹ Consentir.

² Forma, generalmente despectiva, para referirse a los hombres homosexuales.

³ Tierno.

⁴ Forma peyorativa de nombrar a una persona gay en Costa Rica

⁵ Única universidad pública que imparte la carrera de Medicina Veterinaria en el país.

⁶ Segunda persona al comando en una cocina.

pensionarme.. para vivir mis últimos meses o años tranquilo. Aunque yo trabajé fuera mucho tiempo seguí pagando mi derecho de servicio ausente en la Caja Costarricense de Seguro Social (CCSS) y para ese entonces ya tenía las cuotas necesarias para pensionarme.

La vida es curiosa y tiene muchas sorpresas, a mí me pensionaron en febrero de 1999 y ya en abril de ese año teníamos medicamentos en el país. El tema con la pensión fue sobre todo personal por sentirme inútil o por el miedo del rechazo de mis padres, tanto por ser persona VIH positiva como por estar en casa. La parte más difícil fue comentarles que un médico había decidido pensionarme y la razón por la cual lo hizo.

Y así... aunque no me daban tanto tiempo de vida, aquí estoy con 63 años disfrutando de mi vida. Yo digo que Dios o la gracia de un ser superior ha mediado para que yo esté aquí hoy. Retomando nací antes de tiempo, sobreviví una etapa en la que le decían a mi mamá que probablemente moriría a los 11 o 15 años debido a los ataques que tenía y después ser diagnosticado con VIH. A pesar de todo, aquí estoy día a día y tengo más experiencia.

Envejecer con VIH también es una lucha. El tratamiento con antirretrovirales ha sido un proceso de cambios: De tomar 24 pastillas (porque al inicio éramos como conejillos de indias) a después ingerir 15 pastillas solo de tratamiento y luego tomar otras porque las que te mandaban podían causar problemas en el estómago. Ahora es una sola pastilla, me la tomo a las 4:30 de la mañana y me vuelvo a acostar. Lo hago así para que cuando me levante ya los efectos hayan pasado, porque si me la tomo estando despierto los mareos son fuertes y los calores también.

Además, respecto a mi salud debo decir que las enfermedades progresivas llegan a cualquier edad. Yo tuve 4 micro derrames cerebrales que afectaron mi vista, por lo que también soy una persona con discapacidad visual. No es ceguera porque un instituto especializado me dijo que el problema no fue perder un ojo, sino el cuidado del nervio del otro ojo y por eso debo tener el balance con la presión. Yo uso el bastón de una persona con

discapacidad, pero el respeto no existe. Si voy a San José con el bastón blanco, voy marcando territorio para que me den paso y estar más seguro de que no hay un hueco.

Sobre mi recreación, lo que hago es caminar cuando no está muy soleado. Tengo una piscina cerca, pero tengo que buscar el pase para buscar una referencia para poder usarla sin pagar. La situación económica no es tan buena y no es que no quiera trabajar, porque yo deseo hacerlo, pero el problema de la visión y de los derrames me ha debilitado mucho.

En cuanto a la sexualidad siempre he sido una persona estable. Tuve una relación de 18 años que fue muy placentera, esa persona ya falleció. Hace 11 años que no tengo pareja, eso es en gran parte por mi discapacidad. Me gusta compartir, ver los compañeros y estar alegre. Sin embargo, una vez me fui a una disco -porque a mí me gusta bailar- pero ya no te miran con esos ojos de juventud, porque las canas reflejan otro aspecto y más con el bastón.

Por eso también decidí cambiar de bastón, por vanidad y sentir que todavía uno puede y tiene derecho a tener una relación. Yo no lo descarto, pero sí debe ser una persona con una mentalidad de apertura, que comprenda que la relación con una persona con discapacidad puede ser diferente. Eso es importante, porque a uno le hace falta el cariño, el apapacho⁷. Es volver a sentirse vivo, volver a sentir sexualmente.

Una preocupación grande que tengo sobre mi vejez es quién cuidará de mí en un futuro. Tengo cinco hermanos, pero la familia no es muy grande en producción de hijos, entonces pensar que mi sobrina o mi sobrino me puede cuidar solo sería si les pago, o pensar si con la pensión puedo pagar un asilo, pero eso no es posible porque tengo poco dinero.

Actualmente vivo con mi hermana y entre los dos cubrimos los gastos de la casa, porque no solamente es la alimentación, también hay que pagar los impuestos, el agua, la luz. Esa es otra situación que uno piensa porque esto va en progreso, somos y

vamos a ser el país más caro en todo. Por dicha en cuanto a vivienda tengo un techo; pero no fue porque yo lo logré, fueron mis padres.

Algo que es importante resaltar, es que mi hermana y yo cuidamos de nuestros padres hasta que fallecieron. Siempre me he preguntado y me han dicho que las personas gay somos los que tenemos que cuidar a las personas mayores y diay... nos tocó a nosotros, a mí hermana y a mí. En vista de eso uno se proyecta a un futuro me pregunto: si damos atención ¿quién nos va a dar atención a nosotros? ¿cómo va a ser la compañía? Yo tengo a mi hermana, vivimos juntos y eso es un soporte muy especial porque tenemos el calor de familia.

Pero, siempre tuve y tengo amargos sabores del apoyo. La gente tal vez decía “ese es un vagazo, está metido en la casa”, pero también mi trabajo era cuidar a mis padres. Mi otro trabajo -aunque no remunerado- era hecho con amor y eso lo hace a uno pensar si uno tendrá ese cariño como uno lo dio a esas personas.

Las redes de apoyo para personas con VIH son muy importantes, son pocas pero sí existen. La permanencia de las ONG's⁸ que apoyan dependen del Estado. Recuerdo que antes cuando teníamos grupos, nos decíamos “no vino fulano” y te respondían “es que ya falleció”. Esa era la realidad en el 92 y 93. Muchas personas llegan a los grupos por información y cuando la tienen se van; la participación no es muy constante. Por ejemplo, cuando llegaron los medicamentos muchas personas que estuvieron en la lucha no se volvieron a ver. Es curioso porque los grupos de apoyo son como montarse en un autobús, cada uno se baja en una parada diferente, uno se encariña con la gente porque son parte de uno, son una familia, de esa familia GBLT+ que uno conoce.

Yo he pertenecido a grupos que ya no existen como ASOVIHSIDA o APAVIH. Actualmente estoy en la Asociación Manú, que es una asociación con personas con VIH. El apoyo ha sido muy grande, es un grupo muy unido. Yo respeto a todo tipo de grupo, porque me han dado mi lugar no solo por mi condición, sino por los años que uno tiene y eso se toma como experiencia. Lo toman a uno

en cuenta porque las luchas han sido muchas y se sigue luchando por los derechos, más ahora con las personas GBLT+ que han sido muy discriminadas no solamente en nuestro país sino alrededor del mundo.

Ser una persona GBLT+ con discapacidad y adulta mayor significa sentimientos de soledad algunas veces. También hay obligaciones y deberes que uno debe cumplir, pero no toda la gente lo ve a uno igual. Si la gente joven GBLT+ se critica entre sí, con una persona adulta es más discriminatorio. Si uno va con la bandera del orgullo te dicen “Mirá ese viejillo anda con la bandera, sí está flaco y anda con bastón”. Yo me imagino el aspecto burlesco y discriminatorio de las personas.

Creo que lo más importante para mí en la vejez sería no perder mi atención médica porque uno puede tener todo, pero la salud y la vivienda son fundamentales. Incluso, tener el apoyo de personas adultas GBLT+ que nos podamos reunir y hacer cosas juntas. No todo el tiempo, verdad, no es salir todos los días pero sí podemos tener esos momentos. Hay un bar que dice “Noche de recuerdos, de antaño”, que son como ese concepto de vivencias que hemos tenido a través de los años y que no queremos perder. Deberíamos tener áreas de recreación para personas adultas mayores que sean sensibles con personas GBLT+.

Así como vamos nosotros, la población GBLT+ así van otras poblaciones que no son gays, también están las personas con discapacidad. Para las personas GBLT+ necesitamos recreación y atención médica futura con derechos. Ahora yo siento que he dado valor a la sociedad y que tengo derecho a tener una vejez digna.

Por otra parte, la familia y el amor son importantísimos. Si no tiene familia, el amor de los amigos y si hay pocos amigos hay que conservarlos. Yo puedo decir que amigos viejos, de décadas, tengo dos que me quedan. Si hablo de mis compañeros de la escuela y del colegio, tengo poca relación con estas personas porque me invisibilizaron por cómo yo era. Esas cosas te marcan toda la vida... si vos eras gay te tachaban y todavía a veces le preguntan a uno que si uno sigue siendo gay o del “otro lado”.

Yo sigo siendo igual, más alegre que nunca... ¿por qué tengo que agachar la cabeza?

Ahora tengo 50 años de vivir en el mismo sector y tengo buena relación con los vecinos. Quedan cuatro de los que empezaron, mucha gente se ha ido, mucha gente ha muerto; eso pasa. Sabemos que vamos a morir, pero con una vejez digna, con paz, serenidad y felicidad. Llegará un momento en que no habrá cupo para uno como persona con discapacidad y también por ser GBLT+, eso es lo que uno tiene en mente que puede llegar y por eso hay que cultivar las amistades.

Viendo atrás puedo decir que yo soy feliz como soy, pero del pasado cambiaría el aspecto de la salud. Todos deseamos estar sanos para hacer muchas cosas más en la vida.

A las personas jóvenes GBLT les diría que fortalezcan la unión, el respeto, el compañerismo porque todo va enlazado en un compartir, en las buenas y en las malas porque en la vida no todo es bueno y hoy estás bien pero mañana podés estar mal. Trabajen en la confianza, el amor, la unión, el valorarse uno mismo y sentirse feliz con eso. Siempre he dicho que la unión hace la fuerza y la fuerza rompe barreras para seguir haciéndolo y que eso perdure.

Recuerden tener en cuenta los valores y no darse por menos por ser GBLT+, no pensar que tenemos menos derechos. ¡Nosotros valemos como seres humanos, más aún si pintamos el mundo de mil colores!

EPÍLOGO

Cuando trabajamos en temas tan complejos y no tan visibles como el envejecimiento y vejez de poblaciones LGBT+ sabemos, a priori, que hay retos subyacentes a incidir y posicionar su importancia. Desde el CIPAC la convicción de desarrollar proyectos al respecto en la región no ha cesado, pese a las múltiples barreras.

No se ha detenido el trabajo y nos hemos afianzado en promover estos temas justo para lograr llegarle a lo humano de las realidades que buscamos entender desde los envejecimientos mediados por la discriminación por orientación sexual e identidad y expresión de género. Ello ha implicado una labor en constante evolución para explicar que las exclusiones no se deben entender solo en un momento concreto, sino que tienen implicaciones a lo largo de la vida. Más allá de las investigaciones, las capacitaciones, las acciones de incidencia política (que son fundamentales) las historias de vida son el mejor ejemplo de ese mensaje que buscamos amplificar.

En este libro le pusimos una cara humana a todo lo que en muchos espacios posicionamos al explicar que las personas mayores LGBT+ enfrentan particularidades en áreas como la salud, la educación, las redes de apoyo, el cuidado, la recreación, entre otros. Al final trabajamos por eso, porque hay seres humanos que no se les reconocen sus realidades específicas y que tienen un sinfín de experiencias que nos enseñan que la lucha no se agota.

Como equipo técnico detrás de la construcción de este maravilloso libro les decimos que el proceso no fue fácil. Crear espacios seguros y el poder retratar en pocas páginas a las increíbles personas que nos compartieron su historia de vida fue realmente retador. Esto es algo que no habíamos hecho, pero

que estamos infinitamente agradecidos de haber tenido la oportunidad de hacerlo y de que nos permitieran oírles, verles y escribir sobre ustedes.

Como personas les decimos que sí fue complejo lograr consolidar sus relatos, pero fue muy hermoso también. Muchas veces nos costó contener el asombro y hasta las lágrimas. También, nos sacaron muchas sonrisas; porque al final podemos decir que por más duras que han sido las historias de todas esas personas tuvieron la convicción de que lo que nos contaron puede transmitir mensajes positivos.

Al final de este proceso seguimos creyendo plenamente que nuestras sociedades deben seguir trabajando por la verdadera aceptación y reconocimiento de derechos de las poblaciones LGBT+ y que esto es clave para asegurar envejecimientos dignos. Las personas mayores LGBT+ existen y tienen historias valiosas que nos demuestran que aún hay mucho camino por andar.

Los relatos, como los de este libro, también construyen memoria histórica. Las experiencias y las luchas de las personas LGBT+, sean activistas o no, son parte de esas realidades que retratan las violencias y las discriminaciones; pero a la vez son el reflejo de la resistencia a lo largo de los años ante sociedades excluyentes.

Infinitas gracias a todas las personas que participaron. Sin duda alguna este es uno de los procesos que más hemos valorado trabajando en la temática. Desde nuestros lugares y desde nuestra absoluta admiración les abrazamos y esperamos de corazón que sus relatos estén a la altura de su inigualable humanidad.

Daniela Bolaños Torres - Incidencia Política, CIPAC